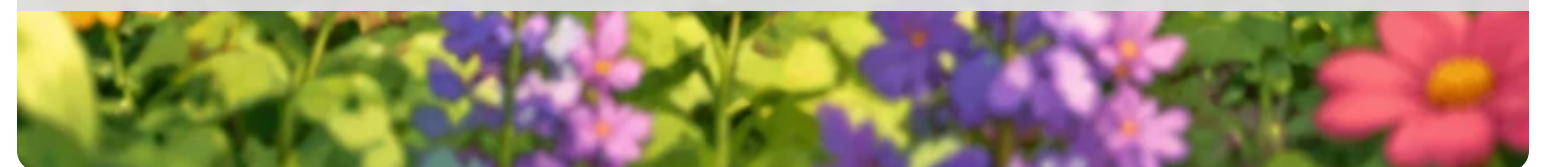




El Gran Jardín de la Amistad

Hernandez Aguilar Soledad S.





En una mañana soleada, Lucas recibió una pequeña semilla brillante de su abuela con la promesa de que, si la cuidaba con esmero, se convertiría en un jardín maravilloso. Él aceptó la tarea con una gran sonrisa, entendiendo desde ese primer instante que el crecimiento de la planta dependía completamente de su dedicación y constancia.



Cada tarde, Lucas cumplía rigurosamente con su deber de regar la tierra, incluso cuando prefería jugar con sus amigos en el parque. Comprendió que la responsabilidad significa hacer lo que se debe hacer a su debido tiempo, sin importar los distractores que tuviera a su alrededor.



Un día, mientras paseaba por el vecindario, Lucas vio a su vecina Sofía intentando reparar su cometa rota con tristeza en el rostro. En lugar de seguir su camino, decidió detenerse y ofrecerle su ayuda de inmediato, mostrando una gran empatía al conectar con los sentimientos de ella.



Juntos, Lucas y Sofía arreglaron la cometa utilizando papeles de colores y ramas flexibles, compartiendo risas y convirtiendo un momento difícil en una divertida aventura de cooperación.



Al regresar a su jardín, Lucas notó que un pequeño caracol se había instalado en las hojas tiernas de su planta en crecimiento. Recordando la importancia de tratar a todos los seres vivos con respeto, decidió no molestarlo y dejar que compartieran el mismo espacio de manera armónica.



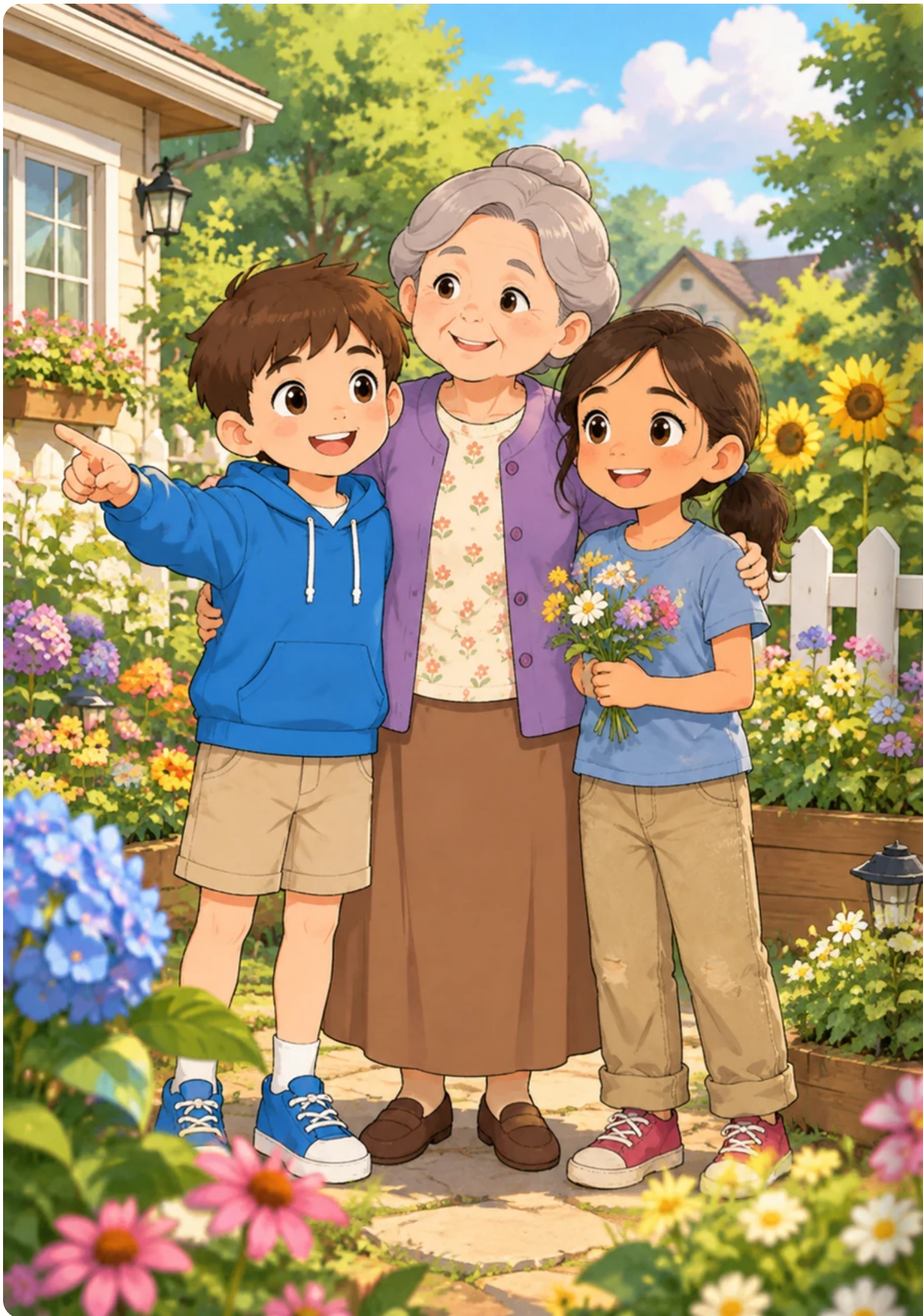
Los días pasaron y la semilla comenzó a brotar, mostrando pequeños tallos verdes que llenaban de orgullo el corazón de Lucas. Él comprendió que el esfuerzo diario y la paciencia siempre dan hermosos frutos.



Un grupo de niños del vecindario se acercó a la barda para admirar el jardín floreciente que estaba naciendo poco a poco. Lucas los invitó a pasar, demostrando una actitud abierta y respetuosa hacia las opiniones y gustos de cada uno de ellos.



Durante una tarde de fuertes vientos, una de las flores del jardín estuvo a punto de doblarse por completo hacia el suelo. Sofía y los nuevos amigos acudieron rápidamente en auxilio de Lucas, utilizando estacas para proteger la planta y demostrando el gran valor del trabajo en equipo.



Al fin, el jardín floreció en todo su esplendor, llenando el vecindario de colores vibrantes, aromas dulces y una alegría contagiosa que unió a todos los habitantes. Lucas miró su obra terminada y supo que el éxito era compartido con quienes lo habían apoyado.



Sentados alrededor del jardín florecido, los niños celebraron con una merienda, comprendiendo que la responsabilidad en el cuidado, el respeto por la naturaleza y la empatía hacia los demás son las verdaderas semillas que hacen que el mundo sea un lugar mejor.